

COORDENADAS DEL PAKISTAN

La mayor parte de los problemas que afligen al mundo de hoy son insolubles. Aunque una rama de la escuela estructuralista niega la acumulación de la historia, parece bastante claro que estos problemas proceden de la elaboración histórica anterior y del choque entre el condicionamiento de tipo conservador de esa elaboración precedente con las realidades de la vida actual. Los ejemplos brotan diariamente, y el más actual es el de la crisis dramática de Pakistán. Un conjunto principal de tres quiebras históricas incide en este momento. Una es la propia fundación del país artificial; otra es la liquidación lenta del Imperio británico y su débil invención de Commonwealth; la tercera es el final de una determinada era en la política exterior de los Estados Unidos. Las tres fuerzas conducen a una desintegración. Pertenecen a la tendencia que Nixon calificaba recientemente de «centrífugas», con la angustia que corresponde a un país que ha sido centro y que, por tanto, tiende a favorecer los impulsos centripetos. Es inútil señalar que el gran motor de esta fuerza centrífuga es el hambre, la desesperación y la injusticia. Frente a la revolución creciente ha aparecido un poder concentracionista, representado por el General Yahia Jan, comandante supremo del Ejército de Tierra, que responde de una manera clásica: el despliegue de fuerza, la ley marcial y la amenaza con pena de muerte para cualquier acto de tipo crítico. Una reaparición de la calma —relativa— ha seguido a la proclamación. Muchos la atribuyen a las virtudes del despliegue de la fuerza. Otros, a que la retirada de Ayub Jan permite la apertura de una esperanza. Esta retirada se ha hecho con discreción. El Presidente va a tener tres meses de «descanso» en su propio Palacio de la capital, Rawalpindi. De esta forma no dilmite y no precipita una crisis orgánica. Al mismo tiempo, se sobreentiende que la

situación excepcional no va a durar más de tres meses. Clásicamente también, el General Yahia advierte que el Ejército es apolítico y que trata solamente del establecimiento del orden público. En este caso, el orden se refiere al ya existente y no al que pretendan instaurar los grupos de la oposición.

A pesar de la complejidad del país, las coordenadas de la crisis se pueden establecer con cierta sencillez. Pakistán, como país, es un disparate. Es un artificio. Su propio nombre es un invento, a partir de un anagrama. Está compuesto de dos provincias. Una, enorme, la occidental, que agrupa cincuenta millones de habitantes. Otra, pequeña, la oriental, que amontona setenta millones. Es decir, que la provincia que representa un 20 por ciento de la otra tiene, en cambio, el 55 por ciento de la población. Las dos provincias están separadas, con otro país en medio. Por su punto más próximo, la distancia entre la provincia oriental y la occidental es de 1.700 kilómetros. El país que hay que recorrer o sobrevolar para ir de una a otra es la India. Esto es, un país tradicionalmente enemigo. Los niveles de vida entre las dos provincias son esencialmente distintos. Una, la superpoblada, es enormemente pobre. La otra es relativamente próspera. Las consecuencias de esta disimilitud son las normales. En la provincia occidental reside el gobierno, la autoridad, la dirección de la economía. La provincia oriental se considera muchas veces colonizada por la provincia occidental. ¿Por qué se creó el Pakistán? Por decisión británica. Es un acto de una política que ya hemos señalado más de una vez y que obedece al principio, viejo como el mundo, de «divide y vencerás». La enorme retirada colonial británica de la postguerra se hizo según esa estrategia, que consistía en dejar detrás países divididos y pugnando entre sí, de forma que se suponía que tendrían que acudir a la metrópoli —al disfraz de metrópoli que supone la centralización de la Commonwealth en Londres— para permanecer. Esa política ha dejado tras sí un largo rastro de sangre y desesperación. Se le

Estudiantes
pakistaníes
exhiben una
fotografía
rota de Yahia Jan
en el balcón
del edificio de la
Alta Comisión,
en Kensington
(Gran Bretaña).



pueden atribuir las tragedias de las comunidades griega y turca, en Chipre; la de Indonesia, en la Federación Malaya; la de Nigeria y Biafra, y la inserción de Israel, en el mundo árabe. En su origen, el montaje India-Pakistán ofrece ciertas similitudes con el montaje de Israel en el mundo árabe. Es decir, parte de la existencia previa de unos datos no geográficos, ni políticos, ni económicos, sino meramente psicológicos. Un antiguo enfrentamiento entre las dos principales ramas semíticas, la hebrea y la árabe, unos factores religiosos entre dos religiones y el alegato de una ocupación arcaica del país sirvieron para canalizar un pueblo desesperado a establecer un Estado en la parte del mundo que menos le convenía. En la antigua Unión India, los que hoy llamamos pakistaníes constituían una minoría religiosa musulmana en pugna con la enorme mayoría hindú de la India. Las relaciones de estas dos comunidades son las típicas de mayoría-minoría. Esto es, una opresión frente a la alternativa sumisión-subversión. Buscando las motivaciones profundas que pueden haber creado una cierta unidad en el país así fundado, sólo se encuentran, como lo hace Sulzberger, «el odio y la religión».

Los cálculos británicos suponían que todos estos litigios conducirían al recurso a la Commonwealth. Es decir, a Gran Bretaña. Fue uno de los más insignes errores de uno de los hombres más culpables históricamente de la crisis contemporánea, Winston Churchill. Gran Bretaña sobrestimaba su capacidad de supervivencia. Para fortalecerse, para sostenerse, para dirimir sus conflictos, estos países no acudieron a Gran Bretaña, sino a Estados Unidos. Pakistán fue uno de ellos. En la proximidad de la URSS y de la China comunistas, situadas sus dos provincias apretando, como el pan de un bocadillo, el enorme territorio de la India, Pakistán representaba una pieza estratégica magistral en la política de los Estados Unidos. Foster Dulles, a quien se ha acusado de «pactomanía», creó el Pacto de Bagdad, posteriormente CENTO, que suponía una especie de continuación de la NATO hacia Oriente, por la bisagra de Turquía, que pertenecía a los dos pactos; y del CENTO pasó a la SEATO, cuya bisagra era el Pakistán. Pakistán fue insuflado de armas y dinero. La quiebra de esta política vino primero por hechos naturales —la revolución en Bagdad, sede original del primer pacto, la insuflación de los países árabes, la guerra del Vietnam y su enorme trastorno en el segundo pacto— y, además, por hechos políticos. La administración Kennedy encontró que era más lógico apoyarse en la India que en Pakistán. Era, indudablemente, más lógico, pero era tardío. Si la India se había irritado por la predilección americana por el Pakistán, ahora era el Pakistán el que se irritaba por la nueva predilección hacia la India, y decidía inclinarse —al menos, aparentemente— hacia China. El hecho de que la pequeña guerra India-Pakistán de 1965 no pudiera ser resuelta por mediación de los Estados Unidos, sino por la de la URSS en la «paz de Tachkent», fue una muestra de quién podía tener real influencia en esa parte del mundo. Por sí no bastara, el Mariscal Ayub Jan proclamó que los pactos del CENTO y la SEATO habían perdido toda su significación y que constituían «más una irritación que una ayuda». Se trataba, simplemente, de una verdad objetiva. Los dos pactos existen aún nominalmente, pero de una forma burocrática y administrativa. Son inutilizables para fines políticos y, más especialmente, para fines militares.

Sin embargo, Ayub Jan era un hombre nacido de esos pactos. Pertenecía a la dinastía de los políticos soñados por Foster Dulles: los hombres fuertes capaces de sujetar países discorde y difíciles. El error grave de esa política lo ha demostrado la historia subsiguiente. Los hombres fuertes de Foster Dulles han sido paulatinamente asesinados: Nuri es Said, en Bagdad; Syngman Rhee, en Corea; Trujillo, en Santo Domingo; Ngo Din Diem, en Saigón, no son más que algunos ejemplos. Ayub Jan, sin embargo, ha resistido diez años, y parece que va a salvar la vida en medio de la tragedia de su país. Ha resistido bien porque si era dictador, no era tirano. Se le ha comparado a De Gaulle. Claramente, ofrece bastantes rasgos de comparación. Ejerce la política impersonal, desprecia el juego de los partidos, reduce la oposición legal por la apretura del «sistema», se presenta como la única opción ante el caos (y, evidentemente, prepara el caos como su único sucesor visible) y se proclama restaurador de un país que recogió en la ruina. Como De Gaulle, gobierna desde hace diez años y, como De Gaulle, desde que ascendió al gobierno hasta el año pasado, ha podido ofrecer una superficie de paz y de tranquilidad en su país. Ayub Jan, sin embargo, ha tenido que utilizar el estado de urgencia, que se prolonga desde 1965, para mantener esta apariencia. Por debajo, las cosas son un poco distintas. La disparidad de las dos provincias, la incomodidad por la no recuperación de Cachemira —toma esencial de su guerra con la India en 1965—, el exceso de gastos militares —un 60 por ciento del presupuesto— en un país mal alimentado y, en fin, el hambre, no

(Sigue en la página 8)

-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-



• Después de la dimisión del presidente pakistaní Ayub Jan, el nuevo jefe del Estado, general Yahya Jan, le ha concedido un plazo de tres meses para que abandone el país.

• El vicepresidente sudvietnamita, Cao Ky, ha declarado que está dispuesto a entablar conversaciones con el F.N.L., a trasladarse a Hanoi si le invita Ho Chi-Minh y a bombardear el Norte inmediatamente.

• Haití se ha constituido en el quinto país que mantiene relaciones diplomáticas con el régimen secesionista de Biafra; los otros países son: Gabón, Costa de Marfil, Tanzania y Zambia.

• Kassem Abou Aker, de treinta años, sospechoso de pertenecer a la organización palestina F.P.L.P., ha muerto en una cárcel de Jerusalén a consecuencia de las torturas a que fue sometido por la policía judía.

• Dos federaciones del Partido Socialista Alemán (S.P.D.) —las de Hesse del Sur y Schleswig-Holstein— han solicitado oficialmente que sea reconocida Alemania del Este.

• Estados Unidos ha rechazado la propuesta soviética sobre la desmilitarización completa de las profundidades submarinas, calificándola de «simplemente irrealizable y probablemente perjudicial».

• Científicos norteamericanos han asegurado que en el espacio —a millares de kilómetros de la Tierra— existen elementos que podrían asegurar la vida humana.



• El famoso compositor griego Mikis Theodorakis, deportado por el régimen de los coroneles a un pueblo del Peloponeso desde agosto de 1968, seguirá otros seis meses en deportación.

• El presidente del comité «Acordos del "Pueblo"» ha afirmado que la tripulación del barco aprehendido por Corea del Norte fue liberada después que la CIA pagara un fuerte rescate por ellos.

• El Frente Popular de Liberación de Palestina —autor de los atentados a aviones de «El Al» en los aeropuertos de Atenas y Zurich— ha amenazado con represalias a objetivos civiles israelitas.

• De acuerdo con las previsiones de la NASA, los tripulantes de la cabina espacial «Apolo XI» podrían posarse sobre la Luna el día 20 de julio, a las 18,57, para estar de regreso el 26.

• Se da como seguro que al final de la visita oficial de Podgorny a Argel se concluirá un acuerdo sobre cooperación económica, técnica y científica entre Argelia y la Unión Soviética.

• A pesar de la inexistencia de relaciones diplomáticas entre ambos países, Alemania Occidental se ha convertido en el más importante proveedor de China, después del Japón (unos 20.000 millones de pesetas).



• «La guerra continuará mientras quede un solo soldado norteamericano en Saigón», ha declarado el general Giap, jefe de las Fuerzas Armadas norvietnamitas.

• El gobierno venezolano ha levantado la prohibición que pesaba sobre el partido comunista, puesto fuera de la ley desde mayo de mil novecientos sesenta y dos.

-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-

COORDENADAS DEL PAKISTAN

(Viene de la página anterior)

han cesado de crecer. Ayub Jan, por otra parte, ha dejado de ser el hombre de los Estados Unidos. No es difícil comprender que las fuerzas proamericanas que actúan dentro del país hayan visto levantado el período de veda contra Ayub Jan en el momento en que éste inició sus nuevas relaciones con China.

La intención de realizar reformas democráticas apareció visiblemente en 1967. Surgió del propio régimen. Un ex ministro, Zulfikar Ali Bhutto, que había abandonado la cartera de Asuntos Exteriores en 1966 —es decir, cuando se hizo visible que Ayub cambiaba su política occidentalista—, fundó el «Partido del pueblo». Estableció un programa, cosa de que carecía la oposición hasta ese momento. El programa estaba mezclado de nacionalismo —recuperación de Cachemira, anulación de las minorías de religión hindú— y de progresismo —establecimiento de un régimen de democracia socialista—. En cuanto hubo establecido un programa y recibido la adhesión de varios millares de personas, Bhutto fue a parar a la cárcel. Se le acusaba de ser el origen de manifestaciones callejeras y de desórdenes. Desde la cárcel, el ex ministro se anunció como candidato a las elecciones presidenciales. A pesar del triste ejemplo de Bhutto, otro hombre intentó a continuación canalizar las fuerzas oponentes. A éste era más difícil encarcelarlo, porque se trataba de un Mariscal del Aire. Asghar Jan era una perla rara en el país: tenía fama de honesto, de íntegro. No se ha conseguido ninguna prueba en contrario. Asghar, sin embargo, no ha filiado un programa. Se ha limitado a proclamar la necesidad del regreso a una «democracia normal». Lo que pueda significar una «democracia normal» es algo difícil de definir. Y el Mariscal no la ha intentado. Asimismo, se ha proclamado candidato electoral a la Presidencia. Hay otros partidos o agrupaciones importantes. La extrema derecha fasciizante es la del Jamaat el Islami, que preconiza como política sencillamente el islamismo (la ley coránica, la poligamia, el antialcoholismo, la demografía libre). Existen, por otra parte, los partidos separatistas de la región oriental.

Frente a estos brotes de oposición legalizada, Ayub Jan ha tenido una actitud vacilante y débil. Su imagen de dictador moderado y la existencia real de unas elecciones en el país le obligaban a aceptar la existencia de una oposición. Cuando la oposición deja de ser fingida y amenaza su poder real, Ayub tiene tendencias represivas. Pero sus propias vacilaciones han sido su peor enemigo. Cuando el Presidente Ayub anunció que no se presentaría a las próximas elecciones —es decir, que se retiraba— abrió ya paso antes de tiempo, antes de su tiempo, a la lucha política. Probablemente, un dictador debe retirarse de pronto y sin previo aviso, si es que es capaz de retirarse de verdad. Anunciarlo con casi dos años de anticipación supone perder ya la magia de su fuerza, la sospacha de su perpetuidad. Ayub cometió ese error. Es posible que no tuviera otra opción. A partir de ese momento, la oposición se convirtió en agitación por unas etapas que se están convirtiendo ya en clásicas: primero, los intelectuales; luego, los estudiantes; después, los políticos en expectativa de herencia, y, finalmente, las clases menesterosas. Que éstas se hayan reclutado principalmente en la provincia de oriente es lógico, puesto que es la más desfavorecida y pobre.

Aparentemente, el nuevo «hombre fuerte», Yahia Jan, no se limita a la congelación de los problemas por la fuerza, como suele ser el caso. Ha anulado la Constitución, ha disuelto al Gobierno y ha nombrado nuevos auxiliares civiles; naturalmente, reclutados entre los antiguos ministros de Ayub —es decir, en la única clase política del país—, pero aparentemente inclinados a la democracia o a una forma de democracia. Debe proceder inmediatamente a reformas. Serán más eficaces, si existen y son inteligentes, que la pena de muerte. Pocas veces las penas de muerte han contenido las verdaderas revoluciones cuando ya se han desatado.

Pero es muy difícil imaginar cuáles puedan ser las reformas que puedan desnudar el cúmulo de errores y de incongruencias sobre el que está fundado Pakistán y el arrastre de veintidós años —desde que se fundó— de problemas acumulados. No es posible sustraerle a su situación geográfica interior —a menos que se separen definitivamente las dos provincias— ni a la exterior, en un Asia que trata de configurarse en un momento crítico producido por la guerra del Vietnam y por las conversaciones de paz, o sea, por una nueva política exterior americana, y, al mismo tiempo, por la existencia y rivalidad de sus dos más poderosos vecinos, la URSS y China. Es difícil restaurar la economía, dar de comer al hambriento —a pesar de que ciertos planes de reforma en la producción agraria de Ayub han dado algunos excelentes resultados—, es imposible llegar a la solución del problema de Cachemira, borrar los problemas religiosos que son la base misma de su fundación nacional. Sería preciso partir absolutamente de cero. Aparte de los problemas objetivos que suponen para cualquier país partir de cero —y en el Pakistán, a pesar de lo reciente de su creación, parece más difícil aún, por todo lo expuesto— no parece que la intención de Yahia Jan sea ésta. Tampoco es seguro que Yahia pueda permanecer en el poder. Pueden disputárselo no sólo los revolucionarios y los jefes políticos, sino otros jefes militares. Puede llegarse a una guerra civil. Es posible suponer, de todas formas, que entre las fuerzas que contribuirán a sostenerle estén los Estados Unidos. Yahia hizo su carrera militar en la Academia de West Point y está muy unido a jefes actuales en el Pentágono. De todas formas, su ascensión acaba de producirse, y hay que esperar no sólo sus declaraciones, sino sus actos, para poderse hacer una idea más concreta de la etapa actual de ese país, fundamental para el desarrollo futuro de Asia.

AFRICA

Diecisiete golpes de Estado militares en nueve años



FRANCISCO MACÍAS

La tensión en Guinea Ecuatorial y los acontecimientos que están aún en curso en el nuevo país corresponden a una situación general de tipo sociológico que se precipita en una mayoría de países africanos. Durante quizá siglos, en estos países se ha sostenido la noción de independencia como un ideal más que como un programa. La idealización de la independencia consistía en la creencia casi ritual de que el día que se consiguiera cada uno vería sus males terminados y sustituiría su vida trágica por la que representaba la imagen del colono. Es un mito que acompaña frecuentemente las revoluciones. Una revolución triunfante, como una independencia conseguida, es el principio de una era en la que las dificultades y las asperezas de la vida cotidiana son, por lo menos, iguales, muchas veces superiores, a las de la época anterior. Lo que cambia es el sentido de la vida, el sentido del esfuerzo y del sacrificio. Independencias y revoluciones tienen dos ritmos. Uno, rápido, que puede ser fulgurante, que es el que lleva directamente a la consecución de los fines propuestos en lo in-

mediato, que es el final del poder ajeno. Otro, lento, que es el de la edificación, el de la construcción de los objetivos revolucionarios a largo plazo. Es difícil efectuar ese cambio de ritmo. Sobre todo cuando las necesidades acuciantes del ciudadano forman parte de su panorama diario. Las descolonizaciones, que se produjeron en cadena en África en torno al año 1960, se polarizaron en torno a unos ideales de neutralismo, a la suposición de una ayuda desinteresada por parte de los países bien provistos y a la elevación, en dignidad, de ciertos elementos nacionalistas —religiones, idiomas, costumbres—, que habían sido degradados por la colonización y que pedían ser restaurados. En un gran número de países, el nuevo ciudadano encontró que ese ideal era un elemento ajeno a sus necesidades diarias y que la imagen del colono se había sustituido por la de una nueva clase dirigente. Los esfuerzos por permeabilizar esa clase dirigente y dar un nuevo sentido al esfuerzo se resolvieron en motines o revoluciones, agravados por la reaparición de viejos conflictos latentes que habían sido contenidos por la colonización, al mismo tiempo que fomentados por ella —fronteras, predominio de tribus—, que se han dado en llamar anarquía. El ejemplo más visible fue el del Congo belga y, en nuestros días, el de Nigeria. La simultaneidad de esos acontecimientos en la similitud de condiciones hicieron pensar en el mundo de occidente en una conspiración, en una agitación —soviética, o china, o simplemente, a veces, irradiada desde un país africano sobre otros—, en lugar de considerar que partían todas de un mismo hecho sociológico. Facilitaba esa idea el hecho natural de que los grupos comunistas, o paralelos, estuviesen automáticamente junto a los elementos que trataban de la permeabilización de las clases sociales. A esa etapa ha seguido otra de reacción. Desde 1963 hasta hoy se registran unos diecisiete golpes de estado con tendencia al establecimiento de regímenes fuertes, generalmente militares, que se vuelven hacia occidente —aunque sus



MOBUTU, EN SU RECIENTE VIAJE EUROPEO